

## A propósito de una vieja estela

No es fácil participar en el homenaje a una persona con la que he mantenido una larga y sincera amistad y con la que he pasado muchos ratos inolvidables discutiendo sobre cosas importantes y también sobre temas intrascendentes como el que se trata en este trabajo. Sirva esta contribución de recuerdo en memoria de una profesional fundamentalmente honesta y solidaria con todos los que la rodearon en el trabajo y fuera de él. Con esta reflexión sobre la estela decorada de Setefilla no pretendo añadir más confusión a la que ya existe en torno a la cuestión de las estelas decoradas del sudoeste, sino simplemente aportar algunas consideraciones a su contexto socio-cultural.

### La estela de Setefilla y su contexto

La mayoría de autores que se han ocupado del mundo de las estelas conceden una especial importancia a la estela de Setefilla, por constituir uno de los pocos ejemplares con contexto cultural bien conocido. Su hallazgo en 1927 y la adscripción de esta necrópolis tartésica a la edad del Hierro a raíz de su reexcavación en los años setenta crearon una corriente de opinión favorable a considerar la estela de época "orientalizante" o, como mínimo, bastante tardía. Por otra parte, su presencia en una necrópolis del Hierro hacía pensar en una reutilización del monumento y, por consiguiente, en una procedencia localizada en el mismo entorno geográfico de la necrópolis. La situación, sin embargo, no resulta tan sencilla como parece.

Para captar el significado de la presencia de la estela en el área de la necrópolis del Hierro interesa revisar el contexto cultural en el que se inscribe su descubrimiento. Aunque las circunstancias de su hallazgo en 1927 son sobradamente conocidas, su presencia en el lugar adquiere otra dimensión si incorporamos la evidencia arqueológica obtenida en las excavaciones que se realizaron en Setefilla entre 1973 y

1985. En lo que concierne a la cronología, utilizaremos fechas convencionales no calibradas.

La estela apareció en 1927 muy cerca de la superficie del terreno situado entre los túmulos G e I de la necrópolis (Fig. 1), es decir, en un espacio intertumular en el que apa-

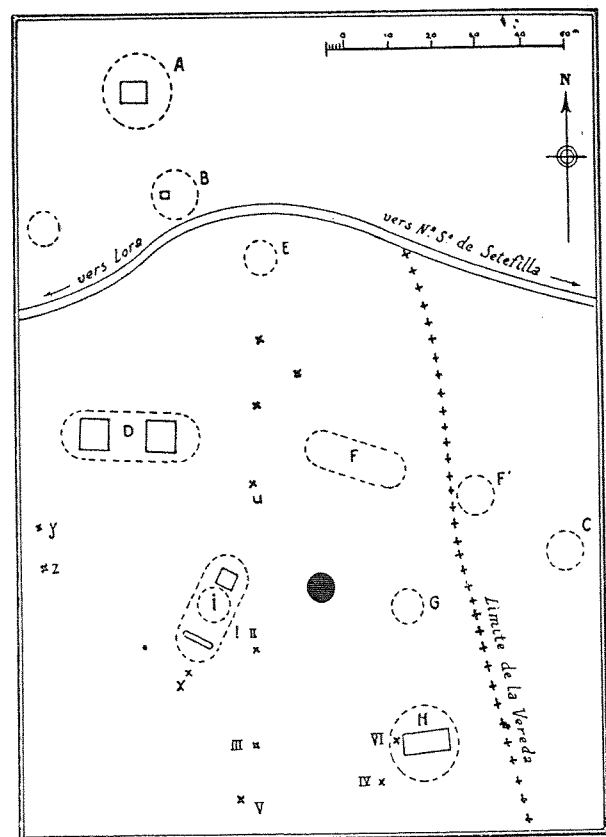


Figura 1.- Plano de la necrópolis de Setefilla según Bonsor y Thouvenot (1928), con indicación (círculo negro) de lugar de hallazgo de la estela.

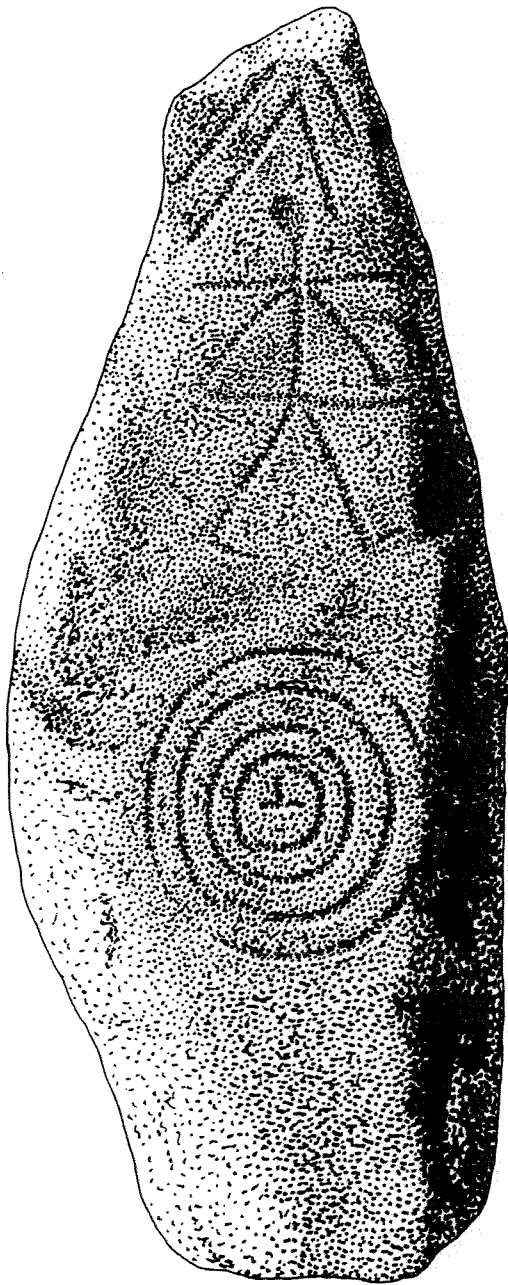


Figura 2.— La estela decorada de Setefilla (según Almagro, 1974).

rentemente se habían depositado enterramientos periféricos (Bonsor y Thouvenot 1928, 32). Presentaba unas dimensiones de 1,70 m de longitud por 0,45 m de anchura máxima y fue clasificada por sus descubridores como una *dalle de dolmen*. La estela presentaba una pátina más clara en el extremo más ancho, lo que, junto con la disposición vertical de la decoración grabada (figs. 2 y 3), sugería que en origen la losa estuvo hincada en posición vertical.

La laja de piedra apareció volcada (Lám. Ia) y cubriendo una fosa que contenía una inhumación y los restos de

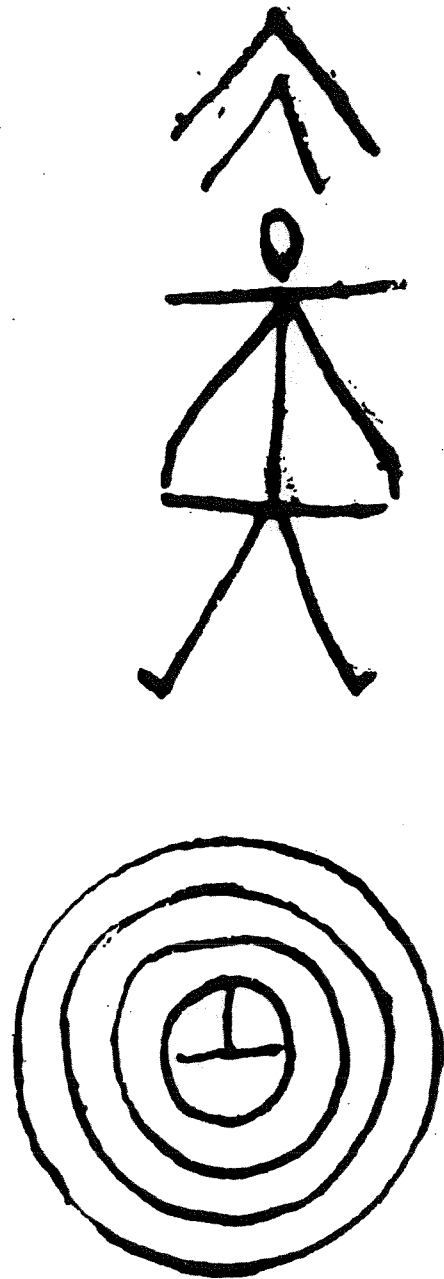


Figura 3.— Motivo grabado en la estela (según Bonsor y Thouvenot, 1928).

una incineración. Al lado apareció otra fosa excavada en el suelo, conteniendo otra inhumación. Nada se nos dice del contenido de estas sepulturas. En cuanto a los túmulos vecinos, se señala que el túmulo I era un monumento alargado, en el que se practicaron dos sondeos (Fig. 1). Probablemente se trata de dos túmulos, ya que su doble perfil todavía se adivinaba sobre el terreno hace unos años. El túmulo más meridional —o sector sur de la excavación de Thouvenot— deparó una cista de piedra cubierta por una gran losa cilíndrica de piedra —un *menhir*, según sus descubridores— de



Lámima I.- a) La estela de Setefilla tal como se localizó en 1927 (foto Bonsor y Thouvenot, 1928).

2,06 m de longitud, que cubría dos inhumaciones conteniendo cerámica a torno, una fíbula de doble resorte, dos brazaletes de oro, placas de marfil con representación de un jinete y brazaletes de bronce (Bonsor y Thouvenot 1928, 25-26). En el sector septentrional del túmulo I aparecieron una gran fosa con cinco inhumaciones asociadas a un vaso de alabastro, un cuchillo de hierro y un peine de marfil, dos fosas conteniendo incineraciones y una inhumación y, en el centro, una "cámara" funeraria en la que se habían depositado seis inhumaciones y varias urnas de incineración (Bonsor y Thouvenot 1928, 26-28). Del túmulo G sólo se señala que contenía algunos restos óseos. En cualquier caso, no parece que tenga mayor importancia el hecho de que la estela estuviera situada más cerca del túmulo I que del túmulo G (cf. Almagro Basch 1974, 21), dado que la mayoría de los enterramientos situados en la zona donde apareció la estela presenta elementos característicos de la edad del Hierro.

Aunque la información relativa al descubrimiento de la estela de Setefilla deja mucho que desear, parece acertada la idea de que la losa decorada pudo ser reutilizada para cubrir una doble sepultura de los siglos VII-VI a.C. Pero no sólo se reutilizó la estela del Bronce final para sellar un enterramiento del Hierro, sino que, tal como se verá más adelante, en la necrópolis de Setefilla se reutilizaron y transmitieron durante generaciones los mismos símbolos, un mismo recinto funerario y diversas tradiciones funerarias con el propósito, seguramente, de preservar una serie de rasgos distintivos que garantizaran una cierta continuidad en la transmisión de determinados emblemas de rango y jerarquía social.

En relación con las excavaciones de 1926-27 en la necrópolis, cabe hablar de un registro arqueológico poco riguroso, en el que probablemente se han mezclado sepulturas de distintas épocas. Este hecho, que ya constatamos durante la excavación de los túmulos A y B, obedece a que

tanto Bonsor como Thouvenot actuaron convencidos de que cada túmulo contenía solamente una o dos sepulturas centrales. A ello cabe añadir la confusión en la delimitación del área de los túmulos, lo que hizo que probablemente se mezclaran gran número de materiales. Por otra parte, en las excavaciones de Setefilla, Bonsor delegó toda la responsabilidad en Thouvenot, por entonces un estudiante en prácticas por nuestro país, que carecía de la experiencia y conocimientos de su maestro a la hora de enfrentarse con este tipo de necrópolis tumulares y de redactar un informe mínimamente riguroso.

En realidad, las diferencias observadas en los ritos funerarios no tienen mayor importancia, dado que en la necrópolis "orientalizante" de Setefilla coexistieron incineraciones e inhumaciones. Pero ello no significa que en las excavaciones de 1926-27 no se destruyeran vestigios de otras épocas y que algunas de las fosas de inhumación descritas por Thouvenot no fueran anteriores al Hierro.

A pesar de ello, la mayoría de autores que han tratado el tema describen Setefilla como una necrópolis "orientalizante" y atribuyen la estela a la primera edad del Hierro o a una reutilización del monumento en época "orientalizante" (Almagro Basch 1974, 21; Ruiz Gálvez y Galán 1991, 259; Galán 1993, 17). Probablemente es este contexto "orientalizante" el factor que más ha influido a la hora de datar en



Lámima I.- b) la estela tal como fue redescubierta en 1973.

época tardía este tipo de estelas decoradas del Guadalquivir (Celestino 1990, 55; Barceló 1989, 204), pese a que los motivos decorativos son característicos del Bronce final.

Durante mucho tiempo la estela de Setefilla permaneció ignorada por los especialistas tras las excavaciones de 1926 y 27, hasta que pudo ser descubierta de nuevo en 1973. A propósito de su redescubrimiento, Almagro dice en 1974: “gracias a nuestras gestiones la estela de Ecija ha pasado, como la de Setefilla, a enriquecer el Museo de Sevilla” (Almagro 1974, 5). Y más adelante, puntualiza: “ante las descripciones de los autores citados en su trabajo sobre Setefilla (Bonsor y Thouvenot) y a pesar de las informaciones gráficas incompletas que daban, nos pareció que sería posible hallar todavía “in situ” la estela, y en un viaje realizado al lugar tuvimos la satisfacción de hallarla y denunciarla al Museo de Sevilla para su recuperación, donde aún dicho documento no acompaña hoy a la estela de Ecija y a la del Cortijo de “Cuatro Casas” de Carmona” (Almagro 1974, 18). El dato es erróneo, ya que el mismo Almagro nos encargó localizar la estela a raíz del inicio de nuestras excavaciones en Setefilla en 1973. Poco tiempo después de comenzados los trabajos, en el mes de marzo de 1973, localizamos la estela en la piscina municipal de Lora del Río, donde llevaba mucho tiempo decorando la entrada del recinto (Lám. Ib), sin que nadie se apercebiera de su importancia arqueológica. Avisado el Museo Arqueológico de Sevilla, la entonces directora, Conchita Fernández-Chicarro, se hizo cargo a los pocos días de los trámites correspondientes y trasladó inmediatamente la estela al Museo Hispalense.

#### La estela de Setefilla y su adscripción cultural

Como es sabido, la estela de Setefilla se atribuye al grupo más meridional de estelas decoradas del sudoeste, en las que la presencia regular de determinados motivos —figura humana, espada, carro, escudo, lanza— sitúan su máximo desarrollo en un Bronce final avanzado —siglos IX y VIII a.C.— de fuerte influencia atlántica (Almagro Basch 1966; Almagro Gorbea 1977, 159-194; Barceló 1989a, 359ss; 1989b; Celestino 1990; Ruiz Gálvez y Galán 1991; Galán 1993). La distribución de este grupo de estelas, que coincide *grosso modo* con la de las espadas y armas de tipo Ría de Huelva, guarda relación directa con rutas de comunicación e intercambio a lo largo del valle del Guadalquivir —ejemplares de Ecija, Carmona, Montemolín, Ategua y Setefilla— y de su periferia inmediata —estelas del Alamillo y Bienvenida, en la ruta de Despeñaperros (Ciudad Real), y de Almargin (Málaga), en la ruta hacia Ronda, Antequera y vega de Granada.

Mucho se ha escrito acerca de la función y significado de estas losas de guerrero. Se han interpretado indistintamente como símbolos funerarios, como una forma de ofrenda o heroización del difunto, cenotafios donde se representa la panoplia de combate del difunto, monumentos funerarios conmemorativos etc. En cualquier caso, su presencia suele relacionarse con el nacimiento de una clase guerrera o de unas élites sociales y, acaso también, de un sistema de cau-

dillajes guerreros (Almagro Basch 1974, 24; Almagro Gorbea 1977, 193-194; Barceló 1989b, 205; Celestino 1990, 59; González Wagner 1995, 111). Sólo recientemente se ha empezado a valorar su posible función territorial: basándose en el hecho de que, salvo en cuatro casos —Setefilla, Granja de Céspedes, Solana de Cabañas y Salen—, las restantes estelas decoradas no aparecen asociadas a enterramientos, se ha sugerido su función como hitos territoriales que, al igual que la deposición de armas en los ríos, marcarían zonas fronterizas de contraste ecológico o de paso, propias de comunidades en vías de territorialización, de control y de jerarquía (Ruiz Gálvez y Galán 1991, 260-270; Galán 1993, 37 ss; Ruiz Gálvez 1995, 135).

Sin duda se trata de una hipótesis bastante sugerente, en particular por lo que se refiere a la organización política de los grupos humanos que las erigieron, de la que apenas sabemos nada. Sin embargo, en el caso de Setefilla, y a pesar de la innegable situación estratégica del yacimiento, no conseguimos imaginarnos la estela como un marcador de rutas comerciales, de vías de comunicación o de fronteras. Para valorar su significado y su presencia en un ámbito de uso funerario es preciso contar con otros datos que no se han tenido en cuenta, como es la complejidad del asentamiento durante la edad del Bronce.

#### El asentamiento de la edad del Bronce

Ultimamente se ha desencadenado una especie de “caza de brujas” contra el Bronce final del suroeste peninsular, al haber cobrado fuerza entre algunos investigadores la idea de un profundo hiatus existente entre el Bronce pleno y el siglo IX a.C. (Caro 1989; Ruiz Gálvez 1990, 85; Belén y Escacena 1995, 86). Basándose en una lectura muy subjetiva del registro arqueológico de Carmona, Llanete de los Moros, Berrueco y Setefilla y, sobre todo, en algunos datos negativos —ausencia de enterramientos en este período, una característica por cierto común a muchas otras regiones de la Península durante el Bronce final— se afirma la existencia de un vacío poblacional en la zona del sudoeste en los siglos XIII-X a.C. y, por consiguiente, la “llegada” de los tartesios a finales del Bronce final (Belén y Escacena 1995, 95-108). Sólo un hallazgo vendría a desautorizar esta hipótesis: la sepultura de Roça do Casal do Meio, al sur de Lisboa, fechada en el siglo X a.C., que constituiría el único indicio de continuidad en el suroeste entre el Bronce pleno y el Bronce final. De ahí que esta sepultura sea considerada incómoda y nada menos que un enterramiento extranjero, probablemente erigido por “mediterráneos” o sardos, que habrían acabado sus días en una zona atlántica deshabitada (Almagro Gorbea 1986; Ruiz Gálvez 1990, 86; 1995, 145; Ruiz Gálvez y Galán 1991, 260; Belén y Escacena 1995, 108). Al margen de esta curiosa interpretación, la idea de un hiatus en los siglos XIII-X a.C. se basa ante todo en un registro arqueológico insuficiente y en una lectura algo subjetiva de determinadas estratigrafías del bajo Guadalquivir. Prueba de ello es la manipulación de que ha sido objeto la secuencia de materiales del Corte 3 de la Mesa de Setefilla.

En contra de la idea de una discontinuidad en el valle del Guadalquivir después del Bronce pleno, los materiales de la fase más antigua de Setefilla se caracterizan por presentar una morfología y unas técnicas decorativas que prefijan sin excepción el mundo tartésico posterior, lo que habla efectivamente en favor de una continuidad particularmente notable en esta zona. La presencia en los estratos XV y XIV del Corte 3 de cerámicas con decoración bruñida, cuencos con asas realizadas, soportes, cazuelas de carena alta y vasos con decoración pintada (Aubet, Serna, Escacena y Ruiz 1983, 56-57) señalan la existencia de tradiciones artesanales en el siglo XVI a.C. que determinan una serie de prototipos que encontraremos más adelante en los niveles del Bronce final/Hierro.

La polémica deriva de varios fragmentos de cerámicas no locales que en su día fueron relacionadas con el mundo de las cerámicas incisas e impresas de la Meseta (Aubet *et alii* 1983, 57). Este tipo de cerámica, que se define por su decoración de zig-zags en el borde, aparece ya en el estrato XV y perdura en el XIV, sellado por un incendio que el C14 sitúa en el 1570 a.C. La atribución errónea de estas cerámicas al Bronce tardío de la Meseta, es decir, al horizonte de Cogotas I propiamente dicho, ha hecho que se formularan algunas hipótesis sorprendentes acerca del Bronce pleno de Setefilla. Así, por ejemplo, Martín de la Cruz ve fosas en el estrato XIV de Setefilla donde nunca las hubo y considera la fase I de Setefilla, con su enterramiento colectivo conteniendo espada y alabarda (!) del estrato XIV, como perteneciente al Bronce tardío (Martín de la Cruz 1987, 173 y 203-205). Y todo ello porque los materiales de la Mesa de Setefilla no encajan con los de la secuencia del Llanete de los Moros. Y para rematarlo, este autor afirma lo siguiente: "si no existieran las cronologías de C14 del 1570 y 1520, probablemente los estratos XV y XIV de Setefilla no se habrían fechado tan antiguos" (Id., 1987, 205). Asombrosa afirmación, que no tiene en cuenta ni los materiales de esta fase antigua de ocupación ni los componentes metálicos del ajuar del enterramiento hallado en el estrato XIV. De admitirse esta hipótesis, tendríamos en Setefilla la alabarda más tardía de toda la Península.

En realidad, la cerámica decorada con incisiones en zig zag de la fase I de Setefilla ofrece un parecido extraordinario con las cerámicas de la fase Protocogotas de la Meseta, que ahora se fecha en los siglos XVI-XIV a.C. (Delibes y Fernández Manzano 1981; Blasco *et alii* 1991; Id. 1996). Se trata de un horizonte caracterizado por los enterramientos dobles o triples depositados bajo espacios domésticos (San Román de la Hornija, los Tolmos de Caracena) y por sus cerámicas incisas o impresas con decoración de zig zag, motivos de espigas, puntillados gruesos y algunos boquiques (Blasco 1996). Dicha cerámica tuvo tanta o más difusión hacia el valle del Guadalquivir que su sucesora del Bronce tardío, la cerámica de Cogotas I. Así, en Andalucía hallamos cerámicas Protocogotas no sólo en Setefilla, sino también en el Cerro de la Encina de Monachil —en el estrato VI del Corte 3, en un contexto del "Argar B" (Arribas *et alii*

1974, 57)—, en Peñalosa —en un contexto fechado hacia el 1400, en el que también han aparecido sepulturas bajo las casas (Contreras 1995, 147)— y lógicamente también en el Llanete de los Moros (Martín de la Cruz 1987, 48).

Otro tipo de cerámica que aparece en la fase del Bronce pleno de Setefilla son unos vasos con decoración de puntillado grueso dispuesto en zonas incisas, que se documentan en el estrato XIV de incendio (Aubet *et alii* 1983, 57). Se trata de una cerámica de cronología muy amplia, ya que no sólo aparece en contextos del Bronce pleno, como en Setefilla y en sitios de Protocogotas de la Meseta (Blasco 1996), sino que perdura en el Bronce tardío, tal como sugiere su asociación a cerámicas de Cogotas I en Carmona (Pellicer y Amores 1985, 137, fig. 45 y 55) y en la Cuesta del Negro de Purullena (Molina y Pareja, 1975, figs. 67-68). En cualquier caso, este tipo de cerámica se documenta también en la necrópolis de Setefilla, sin asociación específica con ninguna sepultura orientalizante y siempre formando parte de un conjunto de cerámicas incisas y pseudo-excisas procedentes de un contexto desconocido y destruido a raíz de la construcción de los túmulos (Aubet 1975, 139, fig. 58). El hallazgo asimismo en la necrópolis de Setefilla de otros materiales antiguos y descontextualizados, como hachas pulimentadas de piedra similares a las del estrato XV y cerámicas relacionadas con los estratos más antiguos de la Mesa de Setefilla denotan la utilización o frecuentación del área de la necrópolis desde por lo menos el Bronce pleno y tardío. Ello vendría confirmado por el descubrimiento casual realizado en 1995 de dos enterramientos aislados cerca de los túmulos orientalizantes, cuyos materiales se darán a conocer en breve, y que han deparado, entre otros materiales, armas de bronce relacionadas con el horizonte de la fase I de Setefilla. En otras palabras, la evidencia arqueológica parece indicar que *la zona de la necrópolis ya se utilizó como lugar de enterramiento durante el Bronce medio*, cuando sólo las sepulturas de determinados personajes se depositaban bajo las viviendas del poblado en lo alto de la Mesa de Setefilla.

En relación con este Bronce pleno, los recientes descubrimientos en la Meseta (Cogeces, Perales del Río, Tolmos de Caracena, Zorita de los Molinos, el Carrizal, Canteras de Zarzalejo) y en Andalucía (Peñalosa) confirman la existencia en el valle del Guadalquivir de un Bronce pleno que mantiene contactos con el mundo de Protocogotas de la Meseta. Al mismo tiempo, diversas cerámicas incisas procedentes de la necrópolis de Setefilla, así como hallazgos recientes en el área de los túmulos orientalizantes, sugieren la utilización de esta zona como espacio funerario desde por lo menos mediados del segundo milenio a.C.

#### El "problema" del estrato XIII y el Bronce final

El estrato XIII de la Mesa de Setefilla ha sido considerado o bien como un estrato conflictivo, confuso y polémico, o bien como un horizonte clave, pero a todas luces incómodo para aquellos que niegan la existencia de un Bronce final antiguo en el bajo Guadalquivir. Todavía hoy sorpren-

de la disparidad de opiniones que ha originado un nivel de ocupación cuya extensión, en el momento de su descubrimiento, no sobrepasaba los 5 x 2 m de superficie. Ya en su día, cuando se publicaron los hallazgos, invitábamos a la prudencia ante un nivel que juzgábamos clave para entender la transición al Bronce final, pero que había sido localizado en un área demasiado reducida para pretender una interpretación fiable de los datos. Así y todo, el estrato XIII desató todo tipo de elucubraciones y fue utilizado a conveniencia por distintos autores a la hora de defender sus opciones.

En la estratigrafía del Corte 3, el estrato XIII resultó el más potente y rico en hallazgos de toda la secuencia (Aubet *et alii*, 1983, 43 y 70-77). De ahí que sorprenda su utilización para respaldar el famoso hiatus del Bronce final antiguo (cf. Belén y Escacena 1995, 91). Formado directamente sobre el estrato XIV de incendio, proporcionó en la base restos de una construcción, escasa cerámica y una fecha de C14 (1520 a.C.) que sugiere una inmediata reconstrucción de las viviendas destruidas a fines del Bronce pleno. Sobre estas estructuras se habrían formado sucesivos sedimentos de coloración oscura que supondrían un cambio brusco en la sedimentación, debido a la aparición de nuevas técnicas constructivas –tapial y madera–, que contrastarían con la coloración rojiza del estrato de incendio inferior. No sabemos en qué se basa la hipótesis de Belén y Escacena, cuando señalan lo siguiente: “Entre su abandono y la deposición de las tierras del estrato XIII pudo haber un hiatus importante, pues hay un cambio brusco en la composición de los sedimentos” (Id., 1995, 91). Un hiatus se mide por un conjunto de variables en la secuencia diacrónica de un yacimiento, pero nunca a partir de un cambio en la coloración de los sedimentos! En el caso de Setefilla, es evidente que el cambio obedece tanto a la desaparición de las construcciones de piedra y su sustitución por estructuras de material perecedero, como a la cantidad de restos orgánicos y carbones hallados en él. Por otra parte, la presencia de carbones, restos faunísticos y vestigios de fondos de cabaña confirman la hipótesis de una continuidad en la ocupación humana del sitio después del Bronce pleno, si bien ignoramos su alcance e intensidad debido a lo reducido del espacio excavado.

Otro argumento que se utiliza para defender la ausencia de “raíces” en el mundo tartésico se apoya en la falta de vínculos culturales en Setefilla entre los materiales del estrato XIII, los del Bronce final avanzado (estrato XII) y los del Bronce pleno (estratos XV y XIV) (Belén Escacena 1995, 91-95), que reflejaría la inexistencia de un Bronce final antiguo en el Guadalquivir (siglos XIII-X a.C.). En este sentido hemos de insistir en los rasgos morfológicos que caracterizan la cerámica hallada en el estrato XIII: se trata sobre todo de materiales muy heterogéneos, en los que se combinan formas de tradición del Bronce pleno local junto con formas exclusivas de este estrato y tipos que preludian el Bronce final: vasijas bicónicas, cerámica de superficie rugosa o raspada, vasos con decoración pintada o bruñida exterior y los primeros cuencos con decoración de retí-

cula bruñida en el interior (Aubet *et alii*, 1983, 73-77). Junto a todo estos materiales, un fragmento con decoración incisa de tipo Cogotas I (Id., 1983, fig. 25:71), un tipo de cerámica que todavía aparece en el estrato XII b (Id., 1983, 77, fig. 26: 90).

Mire por donde se mire, el hiatus no parece evidente. Y lo demuestra, entre otras cosas, la continuidad de los contactos con el mundo de las cerámicas incisas de la Meseta. A juicio de Blasco, la difusión hacia el sur de las cerámicas Protocogotas y su presencia en yacimientos con importante actividad metalúrgica como Monachil, Peñalosa, Llanete de los Moros y Mesa de Setefilla, explicarían la temprana presencia de las cerámicas de Cogotas I en Andalucía, como las identificadas en contextos del Bronce tardío de Purullena, Fuente Alamo, Cuesta del Negro y Cerro de la Encina (Blasco 1996), así como también en Carmona (Carriazo y Raddatz 1961, 99; Pellicer y Amores 1985, 137; Amores y Rodríguez Hidalgo, 1984-85), Lebrija (Caro 1989, 119), Montemolín (Tejera, 1978) y en el mismo Llanete de los Moros (Martín de la Cruz 1987, 37-38).

En Llanete de los Moros, la cerámica de Cogotas I que aparece en el estrato IIIA, fechado en 1130-950 a.C., se asocia a unos recipientes a torno que también se han documentado en Purullena, Carmona y Gatas (Martín de la Cruz y Perlins 1993). En cualquier caso, esta asociación y su cronología absoluta demuestran que en el valle del Guadalquivir sí existió un auténtico Bronce tardío. La evidencia arqueológica obtenida en sitios como Llanete de los Moros, Montemolín, Setefilla y Carmona confirman, en consecuencia, que la región no esuvo deshabitada entre los siglos XIII y X a.C.

En la Mesa de Setefilla, el final del estrato XIII y la formación de los estratos XIIa y XIIb corresponderían al auténtico Bronce final pre-colonial de los siglos IX y principios del VIII a.C., que también documentamos en Llanete de los Moros, Carmona y Cabezo de San Pedro. Este horizonte se caracteriza en Setefilla por la presencia de cabañas dispersas por buena parte del promontorio y la ausencia de importaciones a torno. Es ésta la época a la que correspondería probablemente la estela decorada descubierta en la necrópolis. Una época en la que, si bien no se practican enterramientos en la necrópolis, sí pudieron erigirse monumentos conmemorativos en honor de sus jefes o caudillos militares.

### Estelas en la necrópolis

La necrópolis de túmulos de Setefilla corresponde a la época de formación de los estratos X-VIII en la secuencia del poblado, que cubren *grosso modo* todo el siglo VII y principios del VI a.C. (Aubet *et alii*, 1983, 89-90). En esa época, el área de la necrópolis, situada al pie de la Mesa de Setefilla, se destina de nuevo a enterramientos tras un largo período –el Bronce final– en el que no se documentan prácticas funerarias. La presencia de la estela decorada, sin embargo, indica un uso social continuado del espacio funerario, ininterrumpido desde mediados del segundo milenio.

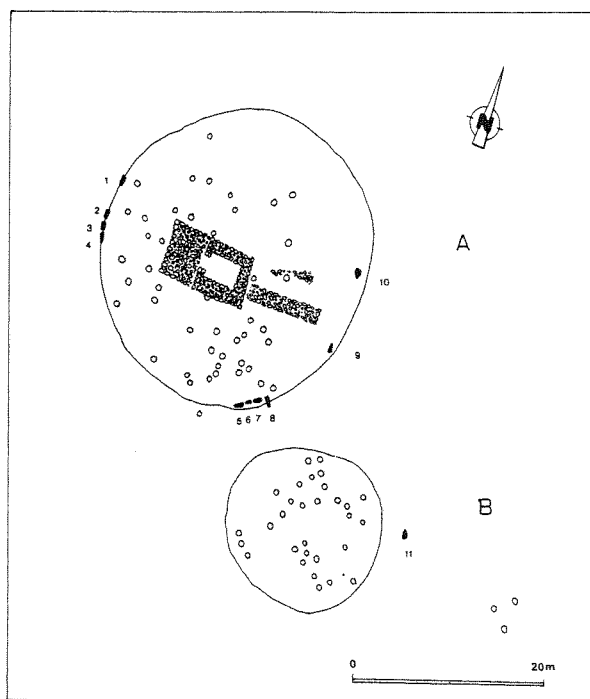


Figura 4.- Plano de los túmulos A y B de la necrópolis.

Otros casos similares de marcadores o hitos funerarios reafirman la perduración de símbolos de status en la zona de la necrópolis.

En las excavaciones de 1926-27 aparecieron en el área del túmulo E una losa de 2 m de largo (*dalle de paroi de dolmen en schiste*) y otra fragmentada que cubrían una cista de piedra de 1 m<sup>2</sup> que apareció vacía (Bonsor y Thouvenot 1928, 16, fig. 9). En el área occidental del túmulo D aparecieron dos piedras cilíndricas de unos 0,50 m de alto hincadas verticalmente cerca de una inhumación que proporcionó restos de un individuo en posición fetal (Bonsor y Thouve-

not 1928, 17). Otra losa de 2,06 m de alto (*un menhir*) cubría una cista de piedra conteniendo dos inhumaciones del Hierro en el área del túmulo I (Bonsor y Thouvenot 1928, 25). Así, el registro funerario de las primeras campañas de excavación en Setefilla sugiere la utilización habitual de losas de piedra o estelas lisas cubriendo sepulturas o bien dispuestas en posición vertical a modo de indicador de determinados espacios funerarios, algunos probablemente del Bronce pleno.

También en nuestras excavaciones pudimos comprobar este fenómeno. Así, en el túmulo A aparecieron 10 grandes losas hincadas, de piedra calcárea gris, es decir, del mismo tipo de piedra que la estela decorada (Fig. 4). Trabajadas en forma de losas planas con ambas caras alisadas, presentaban una altura media de algo más de 1 m. Aparecieron formando grupos de dos o tres estelas (Láms. II-IV) y delimitaban perfectamente el círculo que contenía la necrópolis de incineración de base (Aubet 1975, 64-65; Id., 1982, 54). Además, en el extremo oriental del túmulo B, apareció otra losa hincada situada justo en el límite entre el túmulo B y otro pequeño túmulo que apareció destruido (Aubet 1978, 168) (Fig. 4).

Un total, pues, de 16 losas de piedra han sido identificadas hasta ahora en la necrópolis del Hierro. La presencia de estas estelas lisas en los límites de la base de los túmulos y su disposición formando un círculo perfecto en el caso del túmulo A, así como la ausencia de losas hincadas en la periferia del túmulo B, sugieren una función como hitos funerarios relacionados de algún modo con aquellas unidades familiares o grupos de parentesco que contienen un enterramiento central de rango social elevado. Efectivamente, en el área septentrional de la necrópolis –la única excavada en extensión hasta el momento– la mayor concentración de losas hincadas lisas se sitúa en torno al túmulo A (Fig. 4), lo que sugiere una relación entre estas estelas y el espacio funerario reservado a los linajes “aristocráticos”. Por lo demás, tanto el tipo de piedra utilizada en la talla de estas losas, de procedencia no local (cf. Aubet, Ferrés y Carulla



Lámina II.- Las estelas hincadas en el túmulo A: detalle de las estelas nº 6, 7 y 9 (a) y estela nº 9 (b).



Lámina III.- Las estelas lisas del túmulo A: detalle de las estelas 6, 7 y 9 (a) y estelas nº 6-8 al sur del túmulo, en el límite con el túmulo B.

1985, 42), como su forma, similar a la de la estela decorada del Bronce final, suponen una perduración de tradiciones locales referidas a símbolos de status entre el Bronce final y el Hierro locales.

#### Memoria, tradición y continuidad en la necrópolis

Tanto la distribución espacial de los enterramientos depositados en los túmulos A y B como la secuencia diacrónica de estos conjuntos funerarios expresan la complejidad de la organización social del asentamiento tartésico de Setefilla a principios del Hierro. Varios rasgos destacan en este sentido:

a) La organización social se basa en unidades de parentesco en el marco de una estructura de linajes jerarquizados, que se manifiesta en la necrópolis a través de círculos funerarios cerrados en la base de los túmulos (Aubet 1982, 51; Id. 1995).

b) En la cima de la pirámide social destacan varios linajes aristocráticos, los enterrados en los túmulos A y H, de

los que emergen las élites locales, cuyo status se manifiesta a través de tumbas monumentales de cámara, ritos funerarios diferenciales y riqueza de sus sepulturas (Aubet 1978, 171; id., 1982, 56).

c) El registro funerario del área septentrional de la necrópolis sugiere que sólo los linajes aristocráticos se entierran en círculos funerarios delimitados por losas hincadas.

d) La construcción de los túmulos funerarios conllevó una destrucción consciente de otros círculos de enterramiento más antiguos (Aubet 1982, 53). A su vez, la disposición de la necrópolis del Hierro pudo destruir parcialmente algunas sepulturas del Bronce pleno. Esta persistencia en la utilización de un mismo recinto funerario, a costa de la destrucción habitual de sepulturas más antiguas, denota probablemente la voluntad de integrar el pasado a través de la construcción de una memoria social en la que los antepasados pasan a formar parte y legitiman el presente (cf. Rowlands 1993, 149). Destrucción y estelas vendrían a signifi-

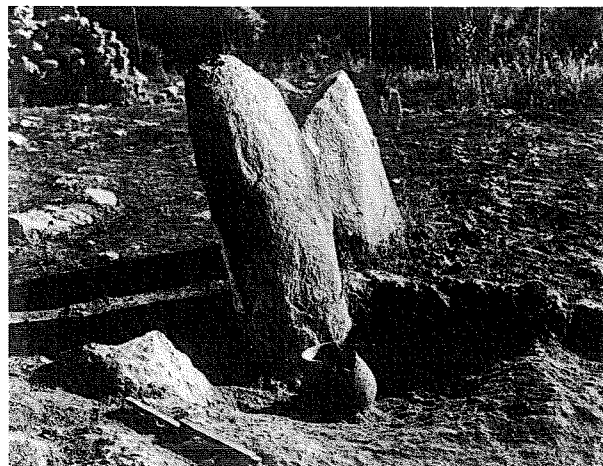


Lámina IV.- Estelas 6 y 7 del túmulo A (a) y sepultura de incineración ibérica al pie de la estela nº 6 del mismo túmulo (b).



car, en este contexto, una forma ideológica de transmitir memoria, de asegurar la continuidad de las relaciones de poder y de legitimar los intereses de las élites sociales.

e) En un momento avanzado de la época turdetana todavía vuelven a depositarse enterramientos en el área de los túmulos, según se infiere de la presencia de urnas cinerarias halladas en el túmulo A y al pie de un grupo de losas hincadas situadas en el límite sur del monumento funerario (Aubet 1978, 168) (lám. IVb). Quizá este hecho guarde relación con algunas tradiciones recogidas por Aristóteles (*Pol.* VII, 2, 11; 1324b) a propósito del poder y del dominio en el mundo ibérico, que señalan que “entre los íberos, pueblo belicoso, se elevan tantos obeliscos (=piedras hincadas) en torno a la tumba de un hombre como enemigos haya aniquilado” (cf. Quesada 1995, 361). En cualquier caso, este hallazgo demuestra que el ritual y la ideología que simbolizan tanto la estela como el recinto funerario de los antepasados perdura todavía en el recuerdo de las comunidades locales siglos después de clausurada la necrópolis de túmulos.

La evidencia arqueológica de la necrópolis de Setefilla revela una intensa y deliberada ocupación del mismo ámbito funerario por parte de una población que, a lo largo de varias generaciones, establece y refuerza sus lazos de filiación y de desigualdad social a través de símbolos visibles sobre el terreno, que expresan relaciones de poder, territorialidad y probablemente demarcación étnica. Sólo la memoria a través de la continuidad ideológica garantiza una relación con el pasado que permite asegurar el poder de las élites sociales del Hierro. En este sentido, la estela de guerrero y las estelas lisas del Hierro constituyen, más que losas funerarias, indicadores sociales de status y de jerarquía erigidos en un ámbito destinado real o simbólicamente a la muerte. Aunque “reutilizada” o integrada en la necrópolis del Hierro, no creemos que la estela decorada procediera de muy lejos. La pequeña loma donde se emplazó la necrópolis de Setefilla no constituyó una zona de contraste ecológico o una frontera, sino un espacio sagrado de especial significado social e ideológico para la memoria colectiva de la comunidad tartésica local.

MARÍA EUGENIA AUBET SEMMIER  
Área de Prehistoria  
Universitat Pompeu Fabra

## BIBLIOGRAFÍA

- ALMAGRO BASCH, M., 1966: *Las estelas decoradas del Suroeste peninsular*, Bibliotheca Praehistorica Hispana VIII, Madrid.
- ALMAGRO BASCH, M., 1974: Nuevas estelas decoradas de la Península Ibérica, *Miscelánea Arqueológica I*, XXV Aniversario de los Cursos Internacionales de Prehistoria y Arqueología de Ampurias, Barcelona, pp. 5-39.
- ALMAGRO GORBEA, M., 1977: *El Bronce Final y el período Orientalizante en Extremadura*, Bibliotheca Praehistorica Hispana, vol. XIV, Madrid.
- ALMAGRO GORBEA, M., 1986: Bronce Final y Edad del Hierro, en Jordá, F., Pellicer, M., Acosta, P. y Almagro Gorbea, M., *Historia de España, I. Prehistoria*, Madrid, Gredos, pp. 341-352.
- AMORES, F. y RODRÍGUEZ HIDALGO, J. M., 1984-85: Cogotas en Carmona y panorama general sobre este fenómeno en Andalucía occidental, *Mainake VI-VII*, pp. 73-86.
- ARRIBAS, A., PAREJA, E., MOLINA, F., ARTEAGA, O. y MOLINA, F., 1974: *Excavaciones en el poblado de la Edad del Bronce “Cerro de la Encina”, Monachil (Granada)*, EAE 81, Madrid.
- AUBET, M. E., 1975: *La necrópolis de Setefilla en Lora del Río, Sevilla*, CSIC, Barcelona.
- AUBET, M. E., 1978: *La necrópolis de Setefilla en Lora del Río, Sevilla (Túmulo B)*, CSIC, Barcelona.
- AUBET, M. E., 1982: Los enterramientos bajo túmulo de Setefilla (Sevilla), *Huelva Arqueológica VI*, pp. 49-70.
- AUBET, M. E., 1995: Aproximación a la estructura social y demográfica tartésica, *Tartessos 25 años después*, Actas del I Congreso Conmemorativo del V Symposium Internacional de Prehistoria Peninsular, Jerez, pp. 401-409.
- AUBET, M. E., SERNA, M. R., ESCACENA, J. L. y RUIZ, M. M., 1983: *La Mesa de Setefilla, Lora del Río (Sevilla). Campaña de 1979*, EAE 122, Madrid.
- AUBET, M. E., CARULLA, N. y FERRÉS, L., 1985: Avance de los análisis geomorfológicos y biogeográficos del territorio de Setefilla (Sevilla), *Anuario Arqueológico de Andalucía 1985*, pp. 42-49.
- BARCELÓ, J. A., 1989a: *Arqueología, lógica y estadística: un análisis de las estelas de la Edad del Bronce en la Península Ibérica*, U.A.B., Barcelona.
- BARCELÓ, J. A., 1989b: Las estelas decoradas del Sudoeste de la Península Ibérica, en Aubet, M. E. (ed.), *Tartessos. Arqueología protohistórica del Bajo Guadalquivir*, Sabadell, pp. 189-208.
- BELÉN, M. Y ESCACENA, J. L., 1995: Acerca del horizonte de la Ría de Huelva. Consideraciones sobre el final de la Edad del Bronce en el Suroeste ibérico, en Ruiz Gálvez (ed.) 1995, pp. 85-113.
- BLASCO, M. C., 1996: Aproximación a las relaciones entre la Meseta y el Sureste durante la Edad del Bronce, Homenaje a A. M. Muñoz, *Verdolay 7*, Murcia (en prensa).
- BLASCO, M. C., SÁNCHEZ, M. L. y CALLE, J., 1991: Enterramientos del horizonte Protocogotas en el valle del Manzanares, *CuPAUAM 18*, pp. 55-112.
- BONSOR, G. E. y THOUVENOT, R., 1928: *Nécropole ibérique de Setefilla, Lora del Río (Sevilla)*, Bibliothèque de l'École des Hautes Études Ibériques, fasc. XIV, Bordeaux-Paris.
- CARO, A., 1989: Consideraciones sobre el Bronce Antiguo y Pleno en el bajo Guadalquivir, en Aubet, M.E. (ed), *Tartessos. Arqueología protohistórica del Bajo Guadalquivir*, AUSA, Sabadell, pp. 85-120.
- CARRIAZO, J. de M. y RADDATZ, K., 1961: Ergebnisse einer ersten stratigraphischen Untersuchung in Carmona, *MM 2*, pp. 71-106.
- CELESTINO, S., 1990: Las estelas decoradas del S.W. peninsular, *Cuadernos Emeritenses 2*, Mérida, pp. 45-84.
- CONTRERAS, F., 1995: Peñalosa. Un proyecto de investigación de la Edad del Bronce en el alto Guadalquivir, *Actas del 1º Congreso de Arqueología Peninsular*, vol. V, Porto, pp. 143-167.

- DELIBES, G. y FERNÁNDEZ MANZANO, J., 1981: El castro protohistórico de "La Plaza" en Cogeces del Monte (Valladolid), *BSAA* XLVII, pp. 51-68.
- ESCACENA, J. L., 1995: La etapa precolonial de Tartessos. Reflexiones sobre el "Bronce" que nunca existió, *Tartessos 25 años después*, Actas del I Congreso Conmemorativo del V Symposium Internacional de Prehistoria Peninsular, Jerez, pp. 179-214.
- GALÁN, E., 1993: *Estelas, paisaje y territorio en el Bronce Final del Sureste de la Península Ibérica*, Complutum Extra 3, Madrid.
- GONZÁLEZ WAGNER, C., 1995: Fenicios y autóctonos en Tartessos. Consideraciones sobre las relaciones coloniales y la dinámica de cambio en el suroeste de la Península Ibérica, *TP* 52, pp. 109-126.
- MARTÍN DE LA CRUZ, J. C., 1987: *El Llanete de los Moros (Montoro, Córdoba)*, EAE 151, Madrid.
- MARTÍN DE LA CRUZ, J. C. y PERLINES, M., 1993: La cerámica a torno de los contextos culturales de finales del II milenio a. C. en Andalucía, *Actas del 1º Congreso de Arqueología Peninsular*, vol. II, Porto, pp. 335-345.
- MOLINA, F. y PAREJA, E., 1975: *Excavaciones en la Cuesta del Negro (Purullena, Granada)*, EAE 86, Madrid.
- PELLICER, M. y AMORES, F., 1985: Protohistoria de Carmona. Los cortes estratigráficos CA-80/A y CA-80/B, *NotArq-Hisp* 22, pp. 55-189.
- QUESADA, F., 1995: Lanzas hincadas, Aristóteles y las estelas del Bajo Aragón, *V Congreso Internacional de Estelas Funerarias*, Soria, pp. 361-369.
- ROWLANDS, M., 1993: The role of memory in the transmission of culture, *World Archaeology* 25, no. 2, pp. 141-151.
- RUIZ GÁLVEZ, M., 1990: Canciones del muchacho viajero, *Veleia* 7, pp. 79-103.
- RUIZ GÁLVEZ, M. (ed.), 1995: *Ritos de paso y puntos de paso. La Ría de Huelva en el mundo del Bronce Final europeo*, Complutum Extra 5, Madrid.
- RUIZ GÁLVEZ, M. y GALÁN, E., 1991: Las estelas del Suroeste como hitos de vías ganaderas y rutas comerciales, *TP* 48, pp. 257-273.
- TEJERA, A., 1978: El Bronce final del bajo Guadalquivir y su problemática, *Huelva Arqueológica* IV, pp. 181-196.